

## El Periquillo Sarniento y sus cuates: el “éxtasis misterioso” del ambiente homosocial en el siglo diecinueve

ROBERT IRWIN

*New York University*

En 1868, cuando Ignacio Ramírez se quejó de la “literatura hermafrodita” que contaminaba la expresión nacional en México, su empleo retórico del género<sup>1</sup> para aludir a una falla en “la misión patriótica” de la literatura no es tan extraño como parece. ¿No es la misma palabra, “patria”, en español, un hermafrodita léxico (“patria” de *pater*, “padre”, pero un padre femenino, “*la patria*”)? De hecho, el género sexual es empleado con gran frecuencia en la literatura mexicana del siglo diecinueve, alegóricamente, en los muchos intentos de forjar una noción de México como nación, como cultura propia, y muchas veces en maneras bastante curiosas.

En una época en que los símbolos femeninos tenían demasiada importancia en la imaginación nacional (la Virgen de Guadalupe, icono de la independencia; la Malinche, emblema de la conquista y el mestizaje), era preciso establecer una cultura verdaderamente viril en el México independiente. No podía regresar México a su papel colonial de territorio del pecado nefando, país afeminado tanto moral como físicamente, de manera implícita inferior a los países más civi-

---

<sup>1</sup> El “género” se refiere a “una variedad de formas de interpretación, simbolización y organización de las diferencias sexuales en las relaciones sociales” como señala Marta Lamas en su artículo “Usos, dificultades y posibilidades de la categoría ‘género’” del libro que compiló ella misma, *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (1996).

lizados.<sup>2</sup> De hecho, había una lucha durante todo el siglo diecinueve para aseverar y sostener una imagen de México como nación viril. Además, había un esfuerzo casi paranoico de parte de los regentes de la cultura mexicana (o sea, los cultos, las élites, los únicos que poseían el poder de la pluma y la prensa) para defender la diferencia sexual como una noción indudable y absoluta, no simplemente para defender una verdad biológica, sino para asegurar el poder de sus usos retóricos.

Una peculiaridad, desde un punto de vista contemporáneo, de ese discurso sobre el género, es la carestía total de referencias de la sexualidad.<sup>3</sup> Nos parece extraño porque en México las investigaciones sociológicas más recientes al respecto insisten en que la sexualidad se defina por medio de la sexualidad y viceversa (por ejemplo, el hombre afeminado *es* homosexual, y el homosexual tiene que ser, por tautología, un hombre afeminado).<sup>4</sup> También es notable, tomando en cuenta la retórica vitriólica colonial sobre la sodomía de los naturales de la región en siglos anteriores, que parece haber desaparecido del discurso mexicano en el siglo diecinueve. El término “homosexualidad” —que aparece por primera vez en Europa a mediados

<sup>2</sup> Desde la llegada de Cortés a la costa de Veracruz donde proclamó que “todos son sodomitas”, las acusaciones de sodomía formaron parte crucial, junto con las descripciones del sacrificio humano de la justificación retórica por la conquista armada y religiosa de México. Para un examen interesante acerca de la retórica colonial sobre la sodomía, véase Olivier (1990). La teoría de que el machismo mexicano es consecuencia de la conquista y colonización de México la desarrolla Octavio Paz en su ensayo “Los hijos de la Malinche” (59-80). Para un análisis más reciente, véase Mirandé (1997 34-49).

<sup>3</sup> Escribe Monsiváis: “Si en el virreinato se condena a los sodomitas a la hoguera porque ‘mudan de orden natural’, en el siglo XIX jamás se les menciona por escrito” (197).

<sup>4</sup> Véase a Stephen Murray y Joseph Carrier quienes proponen, empleando las alusiones de Paz sobre la homosexualidad masculina mexicana (35), que, a diferencia de la homosexualidad estadounidense donde cualquier hombre que participa en las relaciones sexuales con otro hombre se contamina y se identifica como homosexual, en México, sólo el hombre que toma el rol pasivo es homosexual mientras un hombre que tiene relaciones sexuales con otro hombre, desempeñando el papel activo, mantiene una identidad heterosexual. Tomás Almaguer (1993) da por sentado que esta tautología sea la verdad sobre la sexualidad mexicana cuando intenta teorizar una sexualidad chicana.

del siglo diecinueve, que permite una definición rígida de la heterosexualidad normativa— todavía no existía en México. El género sexual no tenía implicaciones sexuales por casi todo el siglo; nadie acusaba a los hombres afeminados de homosexualidad y, en el mismo sentido, el ideal de la virilidad no necesariamente indicaba una heterosexualidad esencial y exclusiva, simplemente porque tales conceptos no existían.<sup>5</sup>

Así que las maneras de distinguir el género fueron más limitadas que las que se han utilizado desde que Freud y la sexología europea (y el discurso sobre la homosexualidad y la inversión sexual) llegaron a Latinoamérica. Por ejemplo, en los veinte, se entendía bien que la presunta falta de virilidad de algunos poetas mexicanos señalaba su homosexualidad, pero en el siglo diecinueve los discursos sobre la masculinidad nunca evocan la sexualidad. En *Astucia* de Luis G. Inclán, una de las novelas más leídas en México en el siglo diecinueve, para constatar la diferencia sexual el autor recurre a la biología cruda (sin presentarla como un absoluto). Aunque la posesión de un pene capaz de producir una erección puede comprobar la masculinidad (“porto calzones porque sé sostenerlos,” nos informa el héroe, 71), existen seres vestidos de hombre presumidamente con cuerpos de hombre, que no son varones (en otro momento, al mismo héroe le preocupa que sus compañeros fuesen a pensar que él era “Mariquita con calzones, un amujerado...” 8). En esa época, cuando no se hablaba de la homosexualidad, y ni siquiera se mencionaba la sodomía, la masculinidad (o femineidad) no se podía definir por medio del deseo sexual, sino por otros rasgos o comportamientos.

No quiero decir que no había una norma de heterosexualidad en el siglo diecinueve, sino que la heterosexualidad que se identifica en la cultura mexicana no es precisamente como la que conocemos hoy en día, que se utiliza muchas veces para definir la diferencia sexual a

---

<sup>5</sup> Sobre los cambios históricos con respecto a la sexualidad, incluyendo la terminología, véase Foucault (1988-1990). En cuanto a la falta de discurso sobre la homosexualidad en el siglo diecinueve, véase a Monsiváis (1995). Éste afirma que fue al principio del siglo veinte cuando inició en México la conflación entre la homosexualidad masculina y el afeminamiento de los hombres: “Desde entonces y hasta fechas recientes en la cultura popular el gay es el travesti, y sólo hay una especie de homosexual: el afeminado” (198-200).

través de la tautología mencionada arriba. La heterosexualidad decimonónica es, en contraste, una sexualidad más fluida en la cual el deseo heterosexual se asume como norma no necesariamente opuesta a ni exclusiva del deseo homosexual. Por supuesto, en este estudio no aspiro a llegar a conclusiones sobre los usos y las costumbres sexuales de la época; solamente quiero examinar la retórica de género que aparece en la literatura del siglo para señalar las actitudes hacia el mismo y los usos retóricos del vocabulario relativo a él en ese entonces.

Doris Sommer, en su libro muy conocido en los Estados Unidos sobre la literatura latinoamericana del siglo diecinueve, *Foundational Fictions*, habla del romance nacional, todo un género literario de ese siglo en Latinoamérica en el cual hay un patrón llamativo: el amor heterosexual que reta fronteras de clase, raza o región para alegóricamente forjar la idea de patria, de la comunidad imaginada de nación. Pero ¿cómo se puede hablar de la heterosexualidad como si la palabra contemporánea significara lo mismo en una época cuando claramente no se pensaba en estos términos y no se conceptualizaba la sexualidad de la misma manera que hoy?

Estoy de acuerdo con Sommer (y otros críticos)<sup>6</sup> en que la literatura del siglo diecinueve desempeñó un papel fundamental en la construcción de una cultura específicamente nacional, y una ideología concretamente mexicana. No obstante, no acepto su aserción de que tal ideología se construyó a través de una heterosexualidad idealizada de amor romántico entre hombres y mujeres. No hay posibilidad de hablar de una heterosexualidad decimonónica en México que no sea bien distinta de la del siglo veinte que conocemos hoy, que se opone a la homosexualidad. En aquella época la sexualidad es casi imposible de definir, y claramente no hubo una heterosexualidad universal que tuviera fronteras delimitadas con la homosexualidad aberrante. Por eso se problematizan —para nosotros los del siglo veinte si no separamos el género de la sexualidad— las mismas nociones de género que son tan importantes en la simbología nacionalista, sobre todo cuando la cuestión más evitada del siglo diecinueve (la sexualidad) se introduce en la retórica de género del periodo.

---

<sup>6</sup> Véase a José Luis Martínez, José Joaquín Blanco, Benedict Anderson, entre otros.

Primeramente, hay que demoler el mito de que la heterosexualidad representara un ideal en la cultura mexicana del siglo diecinueve. De hecho, el deseo entre hombre y mujer en la literatura de la época presentaba uno de los peligros más perniciosos. Mientras que el sexo entre hombres (o entre mujeres) no tenía nombre y aparentemente no desafiaba a la sociedad con ningún riesgo social (el afeminamiento de los hombres sí les preocupaba, el homosexualismo no), el deseo heterosexual amenazaba todo tipo de ruptura. Este deseo podía contaminar la pureza racial, empañar las fronteras de clase social, corromper absoluta y permanentemente a las vírgenes, destruir la institución del matrimonio por medio del adulterio, incitar el pecado de incesto, o hasta engendrar la infamia del embarazo fuera de matrimonio. La mujer tenía que ser protegida del “peligroso seductor” y del “sensualismo bestial” del hombre, como escribe Ignacio Altamirano en *Clemencia* (6) y *El Zarco* (20), respectivamente.

En realidad, el peligro heterosexual tiene una historia bastante larga, como nos recuerda José Joaquín Fernández de Lizardi en *La Quijotita y su prima*: “La primera asociación que hubo en el mundo fue de dos individuos, Adán y Eva, y ya vemos lo que sucedió. El primer hombre acaso no hubiera prevaricado si la mujer primera no le hubiera seducido” (95). Aquí, claro, el punto de vista cambia un poco. El peligro ya no es el hombre, sino la mujer, pero es el deseo entre los sexos lo que perjudica a la sociedad. Los vínculos heterosexuales del matrimonio no perduran, no por culpa de los lazos homosexuales (u homosociales), sino por la inconsistencia de la mujer, o sea, por lo inadecuado que es el deseo heterosexual para mantener sus propias instituciones. Según José T. de Cuéllar en *Historia de Chuchó el Ninfo*: “La gravísima cuestión de la felicidad doméstica, en la que tanta parte tiene la mujer, suele ser arrojada por ésta al basurero en un tumbo de dados. La falta de prudencia en la mujer, está convirtiendo todos los días los nidos de palomas en pequeños infiernos” (220). Cuéllar se inquietaba mucho por estos peligros heterosexuales, por lo que dedicó un libro entero a sus preocupaciones por los hombres que pierden su juventud y desbaratan a las familias cuando se casan demasiado jóvenes en *Los mariditos*.

Irónicamente, varios autores mexicanos del periodo acuden a los griegos y los espartanos como mejores ejemplos de cómo manejar

los nexos entre hombres y mujeres. Para Cuéllar, los espartanos son “modelos” que contrastan con los desdichados mariditos (98-99). Ignacio Ramírez, por su parte, que se queja de un hermafroditismo literario (“que confunde al mismo tiempo los sexos y el lenguaje”) en la literatura amorosa mexicana, defiende una heterosexualidad bien definida donde los hombres son “activos” y las mujeres “pasivas”. Pero, para él, tal paradigma no se mantiene solo, necesita ser vigilado constantemente para evitar que se derrumben las barreras de los importantísimos ideales de género. La ironía más curiosa se halla un poco después cuando Ramírez, para exponer un modelo de la literatura moralmente buena (o sea, no hermafrodita), provee el ejemplo de Safo.<sup>7</sup>

Por supuesto, algunos años más tarde, el ejemplo de los espartanos se emplea en un argumento bastante distinto en el libro polémico, pero ávidamente leído en México, de André Gide, *Corydon*, en una tesis que posiblemente siga el apéndice al capítulo que escribe Arthur Schopenhauer sobre la metafísica del amor sexual en *El mundo como voluntad y representación*, libro contemporáneo a la idea de Ramírez. De hecho, el sistema propuesto por Gide (vía Schopenhauer) —en el cual los mentores maduros masculinos, ya aburridos con sus esposas, mantienen relaciones pedagógicas y sexuales con los hombres jóvenes que no pueden controlar sus impulsos, pero que todavía no están listos para casarse con mujeres— resuelve fácilmente el problema de los mariditos de Cuéllar, junto con los males sociales de la prostitución, el adulterio, el sexo heterosexual fuera del matrimonio (con el riesgo de embarazo inesperado), etc.

Este mundo griego del amor no necesariamente homosexual sino más bien fraternal, con sus espacios e instituciones homosociales<sup>8</sup> de

---

<sup>7</sup> Peculiaridad que repite José Martí, años después, tal vez con menos ingenuidad, como señala Sylvia Molloy (88). Véase también a Joan DeJean y su estudio sobre las interpretaciones históricas de Safo como poetisa y protagonista en la historia sexual.

<sup>8</sup> Empleo el término “homosocial” siguiendo a Eve Sedgwick en su interesantísimo estudio de los nexos entre hombres en la literatura inglesa, *Between Men*, pero mi énfasis será un poco diferente, con un ojo hacia el deseo entre hombres, que podría ser platónico, erótico, sexual, o quizás una mezcla muy conflictiva de estos sentimientos.

hombres y la ausencia de espacios públicos para mujeres, nos hace pensar también en la literatura mexicana del siglo XIX, y saca a luz otro error de Sommer. Desde los bandidos (*Los bandidos de Río Frío* de Manuel Payno, *Astucia* de Inclán, *El Zarco* de Altamirano), los piratas (*Los piratas del Golfo* de Vicente Riva Palacio), los soldados (*El fistol del diablo* de Payno), hasta las instituciones del gobierno (*El fistol*, *El Zarco*, *Los bandidos*, etc.), en casi cada novela costumbrista o nacionalista —por lo menos entre las canonizadas— del siglo XIX en México destaca algún grupo homosocial de puros hombres. Ramírez, en un momento de emoción, escribe:

FRATERNIDAD se llama,  
Y a tus hijos dispersos nos convoca  
A un festín de familia; y de lejanos  
Pueblos viviendo, tras de larga ausencia,  
Henos aquí con amorosas manos  
Que se estrechan ardiendo en impaciencia,  
Y abrazos que a la voz cortan el vuelo,  
Henos aquí llamándonos hermanos! (*Obras I* 3-6).

Sin embargo, los casos más extraños en la literatura decimonónica mexicana no tienen que ver con los autores sino con sus personajes particulares masculinos y sus relaciones con otros personajes secundarios, masculinos también. Por ejemplo, se inicia la divertida trama de *El fistol del diablo* en una fiesta donde después de conocer a dos mujeres atractivas, el héroe, Arturo, se ve perseguido por otro pretendiente de una de ellas. Su rival de pronto proclama: “yo detesto a usted con toda mi alma”, y desafía a Arturo a un duelo. El segundo hombre, el capitán Manuel, le da mucho miedo a Arturo, pero resulta que el odio del militar dura muy poco tiempo; durante el duelo, cambia toda su actitud y decide que Arturo tiene que ser su “mejor amigo”, cosa que acepta Arturo sin vacilar. Sigue Manuel: “Dentro de dos o tres días sabrás todos mis amores y toda mi vida. Por ahora [...] nos iremos al *Progreso* a comer y a beber una copa de champaña” (37). Y su amistad fraternal y estrecha dura todo el libro.

En el caso de la amistad entre los dos personajes masculinos de *Clemencia* de Altamirano, parece que el afeminado, tímido y asexual Fernando Valle quiere ganarse la amistad del varonil, guapísimo y

popular Enrique Flores (“Era de estos hombres cuyos ojos parecen ejercer desde luego en la persona en quien se fija un dominio irresistible y grato”, 6) por medio de su bella prima. También en *El Zarco*, el rapto de Manuela por el villano (el Zarco) parece ser menos un acto de amor que un intento de impresionar a sus cuates (“Iba a poseer a la linda doncella para satisfacer una necesidad de su organización, ávida de sensaciones vanidosas, ya que había saboreado el placer inferior de poseer magníficos caballos y de amontar onzas de oro y riquísimas alhajas [...] Una querida como ella sí era un triunfo entre sus compañeros”, 27).

En *Los mariditos* de Cuéllar, la amistad llega a un nivel más apasionado. Un maridito futuro, Ernesto, después de una pelea con su novia, Rebeca, termina en una cantina en compañía de un zapatero en un ambiente presidido por “el mofletudo Baco”:

El alcohol que tiene la rara virtud de torcer, sin arte, las clavijas del alma, pone en inusitada actividad algunas facultades, muy especialmente las del amor.

Por medio de esta discordancia, el borracho suele ser la criatura más amorosa del mundo. Todas las facultades afectivas del zapatero se consagraron a Ernesto; se sentía ardiendo de amor por él, queriendo a toda costa probarle su cariño y su amistad.

Llevaba bastante dinero en los bolsillos; de manera que Dios los crió y el diablo los juntó aquella noche hasta la madrugada del día siguiente (52).

Quizás nos atrevamos a preguntar: ¿qué hicieron los dos borrachos enamorados esa noche que pasaron juntitos, si sólo se quedaron toda la noche en el bar?, ¿por qué no se dice eso?, ¿por qué no se explica cómo “el diablo los juntó aquella noche”? Pero lo interesante es que el ardor amoroso entre Ernesto y Rebeca nunca llega a tales alturas; a pesar de lo peligroso que Cuéllar nos dice que es el deseo heterosexual, es el amor entre hombres el que nos lleva a lo indecible.

Curiosamente, *Astucia*, que acaso es la novela más másculina del siglo (en cuanto a su ambiente homosocial idealizado), nos presenta las escenas más raras. Por ejemplo, en un rito de iniciación donde el joven Astucia, Lorenzo, se junta con el grupo de “los hermanos de la

hoja”, hay una lucha que se puede describir adecuadamente con la palabra “homoerótica”:

—Entonces— dijo Pepe a sus compañeros a la vez que les hizo una seña muy significativa—, le quitaremos sus pistolas. Y al instante todos se le abalanzaron, cual si fueran hambrientos lobos sobre su presa; al oír Lorenzo aquella amenaza, desenganchó al momento los trabucos y trató de cubrir su espalda, defendiéndolos vigorosamente. Ruda y tenaz fue la lucha, pero mucho más la resistencia; pues sirviéndole a Lorenzo sus fuerzas hercúleas, sólo a empujones se los quitaba de encima, llevándose ellos entre sus manos lo que podían agarrar, hasta que dejándolo casi en cueros y convencidos de su energía, pujanza y sobre todo sangre fría, dijo Pepe lleno de sudor y jadeando de fatiga:

—¡Basta!— A su voz todos se pararon; y Lorenzo, con toda la ropa hecha pedazos, con mucha tranquilidad volvió a engancharse los trabucos, se limpió la frente y se cruzó de brazos sin hablar una palabra (82-83).

¿En qué tipo de rito se convierten los hombres en “hambrientos lobos” para quitarle la ropa a su nuevo cuate?

Después de leer eso, no nos sorprende mucho el saber que los mismos hermanos de la hoja castigan a sus enemigos bajándoles los calzones y azotándoles (339). Tampoco nos asusta cuando el encarcelado Astucia, en su calabozo infestado por chinches y hediendo a “la inmundicia”, decide desnudarse completamente (como sus compañeros de celda, “ocho o diez infelices que me parecieron demonios, [...] casi desnudos”) para quedarse así hasta que le saquen de allí, y aun después, en la casa de su madre donde se baña y luego “en cueros vivos cobijado con unas enaguas blancas que se quitó [mi madre], me quedé en cuclillas devorando el almuerzo” (276). De hecho, este último episodio, de la desnudez homosocial en la cárcel es casi un lugar común en la literatura del siglo, como veremos más adelante cuando miremos *El Periquillo Sarniento*.

Es otra ironía que en el estudio tan conocido de Sommer, el libro escogido para representar la literatura mexicana del siglo diecinueve sea *El Zarco* de Altamirano, novela publicada en 1901. *El Zarco* sí

tiene su importancia, pero es un poco extraño que Sommer casi no menciona el libro mexicano más importante del siglo, históricamente hablando. *El Periquillo Sarmiento*, conocida como la primera novela latinoamericana y reconocida ampliamente por su papel en la construcción de una imaginada comunidad nacional mexicana, es la más representativa de la literatura mexicana del siglo, pero no apoya mucho los argumentos de Sommer. Como *Los bandidos de Río Frio*, *Los piratas del Golfo*, *Astucia* y, como hemos visto, *El Zarco* también, *El Periquillo Sarmiento* se enfoca mucho menos en las relaciones heterosexuales que en las amistades fraternales y los lazos pedagógicos entre hombres. Pero el libro se debe leer con cuidado: porque aunque el autor “en ninguna página [...] llega a ser inmoral; en bastantes [...] es sucio hasta el asco” (Urbina 126).

Periquillo Sarmiento, nacido Pedro Sarmiento, narra su vida desde su niñez y su juventud errante (“pervertida”, como dice él) hasta su última reforma moral un par de décadas después. En cada paso de su vida, la influencia de sus parientes, amigos, maestros y patrones masculinos se muestra de manera rotunda, mientras sólo ocasionalmente aparece una mujer de importancia en su vida. Examinemos un poco cómo funciona el género en la visión mexicana de José Joaquín Fernández de Lizardi, “El Pensador Mexicano”.

El libro abre con una descripción de la niñez del Periquillo, bajo el título: “Mi patria, padres, nacimiento y primera educación”. La prioridad, como vemos, se le da a la patria, pero el narrador se preocupa mucho más por su formación, no suficientemente masculina, por lo menos en su casa. Critica primero a sus tías, sus abuelas y, como dice, “otras viejas del antiguo cuño”, por haberle enseñado “el supersticioso paganismo”, como el uso del ojo de venado o el colmillo de caimán (21). Luego reprueba vehementemente a su madre por haber empleado a una nodriza “porque es una cosa que escandaliza a la naturaleza” (22). Pero reserva su mayor ira para su padre por haber dejado que su madre, bien intencionada pero “indulgente” y “extravagante”, tuviera un papel demasiado grande en su educación. Como dice, “me pervertía más mi madre; y mi padre tenía que ceder a su impertinente cariño. ¡Qué mal hacen los hombres que se dejan dominar de sus mujeres, especialmente acerca de la crianza o educación de sus hijos!” (25).

El narrador, el maduro Pedro Sarmiento, tiene mucho que decir sobre la formación de su joven *alter ego* el Periquillo Sarmiento, pero lo más interesante es el valor que le atribuye a sus varias relaciones de aprendizaje que se realizan en escuelas con sus maestros, en negocios con sus “amos”, en las calles con sus amigos. Las relaciones entre hombres más grandes y/o experimentados con el joven e ingenuo Periquillo dominan la obra.

Los nexos entre maestros y aprendices que guían al Periquillo a través de los gremios, las clases sociales, las regiones diversas del país y hasta el mundo no tienen nada que ver con el amor que halla Doris Sommer en la literatura latinoamericana del siglo. El narrador dice que había experimentado nexos de amor, pero de amor entre hombres, el amor que podríamos llamar “homosocial”, un amor noble que se manifiesta en intimidades, abrazos, devociones y hasta “éxtasis misteriosos” (532) como el mismo Periquillo dice en algún momento, sin preocuparse por el contagio del homosexualismo perverso que llega a México para el fin del siglo.

Por ejemplo, los malos maestros de las escuelas del Periquillo aparecen de manera breve y existen principalmente a través de sus actitudes y acciones, mientras el primer buen maestro es el único que se encarna como figura física con cuerpo (“delgado”), gusto estético (“vestía decente, al uso del día y con mucha limpieza”), cara (“dulce”), boca, ojos y la apariencia de haber “nacido para dirigir la juventud” (35). En 1816 todavía no había aparecido el ensayo de Schopenhauer; aquí vemos cómo la ausencia de un discurso sobre la homosexualidad permite lo siguiente de parte del maestro:

“Conque si unas avecitas no necesitan azote para aprender, un niño como tú, ¿cómo lo habrá menester... ? ¡Jesús...!, ni pensarlo. ¿Qué dices? ¿Me engaño? ¿Me amarás? ¿Harás lo que te mande?”

—Sí, señor— le dije todo enternecido y le besé la mano, enamorado de su dulce genio. Él entonces me abrazó, me llevó a su recámara, me dio unos bizcochos, me sentó en su cama y me dijo que me estuviera allí.

Es increíble lo que domina el corazón humano un carácter dulce y afable, y más en un superior. El de mi maestro me docilitó tanto con su primera lección, que siempre lo quise y veneré entrañablemente, y por lo mismo le obedecía con gusto (36-37).

Una escena más del amor fraternal se realiza no entre maestro y aprendiz, sino entre un teniente (figura de autoridad/padre) y su nuevo amigo el Periquillo que cuenta lo siguiente: “Me convidó con su cuarto; yo admití y me fui a dormir con él. Luego que vio mis pistolas se enamoró de ellas y trató de comprármelas. Con el credo en la boca se las vendí en veinticinco pesos...” (504). La escena nos hace pensar en la escritura de Octavio Paz sobre la sexualidad y el machismo ciento cuarenta años después. Paz identifica la homosexualidad como la antítesis de la masculinidad ideológica mexicana; sin embargo, escribe: “No sería difícil percibir también ciertas inclinaciones homosexuales [en los machos], como el uso y abuso de la pistola, símbolo fálico [...] el gusto por las cofradías masculinas, etc.” (74).

Mientras tanto, el papel de las relaciones entre hombre y mujer en *El Periquillo* no son tan esenciales en el desarrollo personal del héroe, ni tampoco en el proceso de forjar la patria simbólica. La heterosexualidad en general se presenta más como estorbo o barrera para el adelanto de los hombres. Por ejemplo, el joven Pedro se vuelve más y más perverso y vicioso (para emplear dos de sus términos consentidos) porque su padre está demasiado enamorado de su madre. Luego, el sabio Antonio, mentor del Periquillo errante, describe el matrimonio como “locura de los hombres” (203), y en su casa, es la belleza de su esposa que la lleva a una encarcelación injusta.

Pedro Sarmiento se casa dos veces. La primera vez conoce a una muchacha que “estaba resuelta a casarse con el primer hombre de bien que encontrara, por pobre que fuera, antes que servir de diversión a ningún rico” (346). En verdad, el caso es menos una cuestión de prejuicio de clase social que un asunto de una mujer que quiere quedarse virgen, como dicta la moral popular. Pedro y Mariana se casan para poder “divertirse” moralmente y terminan, como dice el narrador, “aborreciéndonos de muerte” (354), y habla de manera literal porque Mariana se muere poco después. Uno de los problemas más importantes para los hombres casados es lo feas que se ponen las mujeres viejas (“los años arrancan los dientes, les emblanquecen el pelo, les pliegan y manchan el cutis y las desfiguran de modo que ni ellas mismas se conocen al verse en el espejo. Sólo una muerte temprana las libra de caer en la fealdad”, *La Quijotita* 168), dando como resultado “casi siempre [...] un aborrecimiento eterno” (169).

Así que aunque el deseo heterosexual del hombre para la mujer es inevitable (“basta ser hombre, porque todo hombre se inclina a la mujer” 132), es insuficiente para mantener el matrimonio. Por eso, Lizardi nos instruye en *La Quijotita y su prima* acerca de la amada ideal, con un ejemplo:

reconociendo al mismo tiempo la superioridad de su marido y la dependencia necesaria que le constituía su inferior; [...] así jamás le preguntaba a dónde iba, ni de dónde venía; tampoco investigaba sus secretos ni le tomaba cuenta del dinero que adquiriría con sus arbitrios; mucho menos se oponía a su gusto para nada, ni disipaba en lujo ni en modas el sudor de su rostro; se contentaba con la decencia a que estaba acostumbrada en su casa (253).

El amor heterosexual ideal es de una mujer experta en el disimulo y la decencia y un hombre que se olvida del aborrecimiento eterno del matrimonio con una vida secreta fuera de su casa.

¿Existe la felicidad en el amor heterosexual para Lizardi? En *El Periquillo* finalmente se encuentra no en un matrimonio de amor entre hombre y mujer, sino en un casamiento entre un hombre y la hija de su amigo fraternal. El Periquillo se casa por segunda vez con la hija de su antiguo mentor, don Antonio, y el casamiento parece ser más una expresión de su amor por él y una manera de meterse en su buena familia que un deseo de estar con su hija adolescente. Así que el matrimonio funcional de Pedro Sarmiento y su esposa Margarita se define al final del libro de una manera que se acerca más al paradigma que Gayle Rubin ha llamado “el tráfico de mujeres” que al modelo romántico de Doris Sommer.

La vida de Pedro Sarmiento es un *performance*, un sinfín de ponerse y quitarse máscaras. Usa, por ejemplo, máscaras de gremio. Hace *performance* de mendigo, de médico, de político, de barbero. Tales *performances* se realizan con cierta actitud. El Periquillo hasta finge tener abolengo con bastante éxito porque, como dice, “el mundo las más veces aprecia a los hombres no por sus títulos reales sino por los que dicen que tienen” (448). También con cierta ropa; como le enseña a Periquillo un “trapiento” sabio, “advierta que no son los hombres lo que parecen por su exterior. Hombres verá usted en el

mundo vestidos de sabios, y son unos ignorantes; hombres vestidos de caballeros, y a lo menos en sus acciones, son unos plebeyos ordinarios; hombres vestidos de virtuosos, o que aparentan virtud, y son unos criminales encubiertos...” (332). De hecho, en varias ocasiones, el Periquillo simula ser virtuoso, desempeña, en sus palabras, “el papel de hombre de bien” (121). Y más interesante, algunas veces tiene que disfrazarse de hombre.

Su amigo, el saltador de caminos, el Aguilucho, quiere que el Periquillo participe en unos robos de coches, pero primero tiene que explicarle lo que es ser hombre: tener valor. Los cobardes son amujerados; los hombres son bravos y los que se exponen a los riesgos son “muy hombres” (500). El Periquillo ve la masculinidad de una manera un poco diferente: “aunque no todos los hombres sean valientes, a lo menos todos quieren parecerlo cuando llega la ocasión, y tan lejos están de conocer y confesar su cobardía que el más tímido suele ser el que más bravea cuando no tiene delante al enemigo” (493). Así que desde el inicio de la literatura mexicana, la masculinidad se ha presentado prácticamente conforme con la tesis de Samuel Ramos, publicada más de un siglo más tarde, es decir, que la masculinidad mexicana es la neurosis que Alfred Adler llamó “la protesta viril”.<sup>9</sup>

El Periquillo admite su temor porque, como dice, no sabe mentir (un disparate ya que ha pasado todo el libro simulando y disimulando), y por su temor le acusan de ser “collonote”, “amujerado” y “maricón” (496, 500). Así, se establece una noción de la masculinidad como una máscara, un *performance*. Y luego cuando el chino, otro mentor del Periquillo, decide dejar de viajar y regresar a su tierra porque, “según las observaciones que había hecho, no podía menos el mundo que ser igual en todas partes, con muy poca diferencia, pues en todas partes los hombres eran hombres” (547), uno se pregunta, pero ¿qué son los hombres en *El Periquillo Sarniento*?

---

<sup>9</sup> Según Adler: *All neurotics have a childhood behind them in which they were moved by doubt regarding the achievement of full masculinity [...] The structure of the neuroses [...] shows the often ramified feminine traits carefully hidden by hypertrophied masculine wishes and efforts. This is the masculine protest. It follows necessarily as overcompensation, because the feminine tendency is evaluated negatively [...] (47-48)*. De allí, concluye Ramos, que la hipermasculinidad no es un comportamiento auténtico, sino un disfraz, una mentira (50-65).

El héroe tiene comprometida su masculinidad desde su niñez cuando el cuento de horror, según él “me formó un espíritu cobarde y afeminado” (24). Y en *El Periquillo Sarniento*, Hércules, figura que aparece tantas veces en la literatura mexicana del siglo como icono de lo masculino, se menciona sólo en una advertencia a los hombres para evitar que dejen que sus mujeres los dominen: “no os afeminéis como aquel valientísimo Hércules, que después que venció leones, jabalíes, hidras y cuanto se le puso por delante, se dejó avasallar tanto del amor de Omfale que ésta lo desnudó de la piel del león Neneo, lo vistió de mujer, lo puso a hilar, y aun le reñía y castigaba cuando quebraba algún huso o no cumplía la tarea que le daba. ¡Qué vergonzosa es semejante afeminación aun en la fábula!” (46). La masculinidad, entonces, tiene mucho más que ver con el comportamiento que con el cuerpo. Pero aun si creemos que es menester estudiar el cuerpo masculino para entender algo de la masculinidad,<sup>10</sup> *El Periquillo Sarniento* es el libro ideal porque en éste acaso se encuentren más hombres desnudos que en cualquier otro libro de la época, salvo los del Marqués de Sade. Unos ejemplos: el Periquillo se mete en un corral donde un toro le derriba y narra lo siguiente: “me levanté [...] sin advertir que al golpe se me habían reventado los botones y las cintas de los calzones, y así habiéndose bajado a los talones quedé [...] sin poder dar un paso y en la más vergonzosa figura” (76-77); luego con su cuate Enero en el arrastraderito encuentra un gran número de hombres “encuerados” y a la hora de acostarse no puede dormir por “el miedo que me infundieron aquellos encuerados, a quienes piadosamente juzgué ladrones” (167); su amigo la Aguilita aparece por primera vez descrito como “un mulatillo gordo, aplastado, chato, cabezón, encuerado y demasadamente vivo y atrevido” (239); también en un naufragio se encuentra “enteramente desnudo y casi privado de sentido. En este estado me pusieron boca abajo y me hicieron arrojar porción de agua salada que había tragado” (434).

¿Qué pasa en los espacios homosociales poblados de hombres desnudos? Hoy en día estas escenas se verían como homoeróticas. Y por el fin de siglo, como se ve en un estudio reciente de Rob Buf-

---

<sup>10</sup> Aun con el biológico tenemos el problema del hermafrodita y los rasgos ambiguos de los estados intersexuales. Véase González Méndez.

fington, había mucho sexo entre hombres en las cárceles de México. Así que cuando en el arrastraderito donde “entre todos no se veía una cara blanca ni uno medio vestido. Todos eran lobos y mulatos encuestrados,” el Periquillo narra: “En fin, nos acostamos como pudimos los que nos quedamos allí, y yo pasé la noche como Dios quiso” (186-187), uno se pregunta qué quiso Dios aquella noche. O cuando el Periquillo pasa su primera noche en la cárcel, y despierta empapado con los orines que sus compañeros le han echado sobre él con intención de hacer que el pobre pase la noche desnudo —prefigurando, como vimos, escenas comparables de *Astucia*—, ¿cómo es que siempre se ignora lo sexual de la escena?

En uno de los últimos capítulos del libro, escribe el narrador: “Si todos los hombres tuvieran valor y sinceridad para escribir los trabajos que han padecido moralizando y confesando ingenuamente su conducta, veríais, sin duda, una porción de *Periquillos descubiertos*, que ahora están solapados y disimulados, o por vergüenza o por hipocresía [...]” (489). Luego dice: “Yo os he escrito mi vida sin disfraz; os he manifestado mis errores y los motivos de ellos sin disimulo [...]” (549). Si se les ocurre una analogía contemporánea, la de salir del *clóset* del homosexual, tal vez no sea accidente.

Puede ser que mi lectura de Lizardi se vea radical, pero sólo por lo difícil que es leer el género y, sobre todo, la sexualidad en el siglo diecinueve sin una perspectiva histórica que hasta ahora ha sido casi inaccesible. La ideología masculinista contemporánea trata de extirpar la homosexualidad, sobre todo de las nociones de lo nacional por medio de los binarismos falsos de masculino/femenino y heterosexual/homosexual. Pero cuando no se preocupaba tanto de la homosexualidad, en el siglo diecinueve, no era tan esencial definir lo mexicano masculino como no homosexual, por ejemplo como en los años veinte cuando las campañas para establecer una literatura “viril” en México incitaban mucha angustia, intolerancia y represión dirigidas a los homosexuales.

La ideología machista que quiere construir una patria a través de los vínculos homosociales, pero superviriles, habitualmente se desentiende del peligro homosexual implícito en tales vínculos. Así que la protesta viril que encuentra Samuel Ramos como máscara de la masculinidad mexicana y la homosexualidad que identifica Octavio Paz

en el machismo ya se han representado como tales desde el principio de la historia literaria mexicana, nada más que la semejanza no ha sido reconocida. Eso no quiere decir que Fernández de Lizardi quisiera fomentar las relaciones homosexuales entre hombres, sólo que no sentía la necesidad de presentar una masculinidad mexicana de una sexualidad paranoicamente purista.

Tanto la sexualidad como el género sexual en el siglo diecinueve eran conceptos un poco más complejos de los que nos imaginamos hoy en día. Si como dice Paz, la fiesta mexicana es una manera en que el pueblo “se libera de las normas que se ha impuesto” (46), irónicamente, en los ritos —como el carnaval mencionado por Guillermo Prieto en su *Memorias de mis tiempos, 1828-1853*— se ponen máscaras para quitarse las máscaras impuestas por las sociedad. Y como observa Paz en el primer ejemplo de su argumento (“Los hombres se disfrazan de mujeres”), el género es una de estas máscaras obligatorias, detalle que omite Prieto, pero que no escapa al ojo agudo (también femenino y no mexicano, no preocupado con el proyecto nacionalista) de Fanny Calderón de la Barca quien asienta que habían travestis (“*numerous men dressed as women*”) en las fiestas del siglo XIX en la Ciudad de México (125). La idea se sintetiza en una de los infinitos discursos sobre los peligros de las relaciones heterosexuales que se encuentran en *La Quijotita*: “A pocas reflexiones que hagas sobre los hombres a este modo, verás que tienen distintas máscaras con que disfrazarse y que por lo mismo es harto dificultoso el conocer a fondo su verdadero carácter” (191).

Pero si el hombre es un ser tan superior a la mujer, tanto, que es provechoso utilizar los términos asociados con la mera categoría del género masculino (que sea una categoría natural y biológica o una clasificación de comportamientos adoptados y normas aprendidas) para construir una noción común de lo mexicano, ¿por qué es necesario que el hombre se disfrace? Durante un robo, varios integrantes de *Los bandidos del Río Frio* se quitaban las máscaras que usaban, “diciendo que eran muy hombres y no necesitaban disfrazarse” (351-352). Pero, en el siglo XIX en México, sin la máscara de la masculinidad, no hay hombres.

Es casi chistoso que Sommer no encuentre esas tensiones de género que se exageran en la literatura del siglo XIX. En *El Zarco* Sommer

encuentra a los héroes andróginos (*cross-gendered*, 227), haciéndonos pensar menos en la paranoia del siglo diecinueve que en el jugueteo del modernismo del fin de siglo, cuando el libro finalmente se publicó. Así que Sommer se equivoca en su valoración del amor romántico heterosexual como la alegoría clave en la construcción de la nación simbólica, pero también se equivocan los críticos como José Luis Martínez que reconocen la importancia de lo homosocial masculino cuando hablan, por ejemplo, de “la fraternidad de la cultura” mexicana (40), pero ignoran el hecho de que es muy difícil demarcar el límite en donde la amistad entre hombres, el amor fraternal se vuelve amor homoerótico, homosexual. Es como el “amor viril” de Walt Whitman en la misma época, y si la literatura mexicana no es tan francamente erótica como la del gran poeta de “La ciudad de orgías”,<sup>11</sup> tampoco podemos negar el erotismo inevitable, quitar el deseo ineluctable del ámbito homosocial en México. Si no podemos interpretar muy claramente las escenas aparentemente homoeróticas de *El Periquillo Sarniento*, tampoco podemos concluir que el libro no presenta una heterosexualidad ideológicamente opuesta a la homosexualidad, ni una masculinidad que se define por medio del deseo heterosexual. Una última cita interesante para concluir mis argumentos:

El cuarto del petimetre presentaba un aspecto muy singular: casacas, levitas, pantalones, chalecos, botas, todos los atavíos con que día por día se engalanaba como un cómico, estaban esparcidos sobre las sillas colocadas en desorden en medio de la pieza. En el tocador había multitud de frasquitos de pomadas y aceites olorosos, cepillos chicos y grandes, cosméticos para teñir el bigote, colorete para la cara, fierros para rizar el cabello; y un observador curioso habría descubierto dos corsés y algunos pechos postizos.

No es la alcoba de un travesti de una novela modernista del fin de siglo, es el cuarto de Don Francisco, un galán oportunista (nunca implicado como homosexual) de *El fistol del diablo*, novela costumbrista mexicana publicada entre 1845 y 1846 (406). En 1846, en la literatura mexicana, un hombre afeminado no podía ser un héroe, no

---

<sup>11</sup> Véase a Byrne R. S. Fone.

podía formar una parte de la fraternidad homosocial que moldeaba la nación, pero tampoco era homosexual. La masculinidad decimonónica mexicana, que desempeñaba un papel retórico tan importante, se oponía a la femineidad, pero no fue determinada por, y tampoco determinó, una homosexualidad que todavía no existía.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ADLER, ALFRED, "Masculine Protest and Critique of Freud" (1910). *The Individual Psychology of Alfred Adler*. New York: Harper Torchbooks, 1964.
- ALMAGUER, TOMÁS. "Chicano Men: A Cartography of Homosexual Identity and Behavior." Henry Abelove, *et al*, eds. *The Lesbian and Gay Studies Reader*. New York: Routledge, 1993: 255-73.
- ALTAMIRANO, IGNACIO M. *Clemencia* [1869], 14<sup>a</sup> ed. México: Porrúa, 1989.
- . *El Zarco* (1901). México: Porrúa, 1995.
- ANDERSON, BENEDICT. *Imagined Communities*. Rev. Ed. London: Verso, 1991.
- BLANCO, JOSÉ JOAQUÍN. *Crónica de la poesía mexicana*. México: Katún, 1983.
- BUFFINGTON, ROB. "Los Jotos: Contested Visions of Homosexuality in Modern Mexico." Daniel Balderston and Donna J. Guy, Eds. New York: New York University Press, 1997: 118-32.
- CALDERÓN DE LA BARCA, FRANCES. *Life in Mexico* (1842). Berkeley: University of California Press, 1982.
- CARRIER, JOSEPH. *De los otros: Intimacy and Homosexuality Among Mexican Men*. New York: Columbia University Press, 1995.
- CUÉLLAR, JOSÉ TOMÁS DE. *Historia de Chucho el Ninfo* (1871). México: Porrúa, 1975.
- . *Los mariditos* (1890). México: SEP/Premiá, 1982.
- DEJEAN, JOAN. *Fictions of Sappho: 1546-1937*. University of Chicago Press, 1989.
- FERNÁNDEZ DE LIZARDI, JOSÉ JOAQUÍN. *La Quijotita y su prima* (1818, 1831-32), 2<sup>a</sup> ed. México: Porrúa, 1990.
- . *Vida y hechos de Periquillo Sarniento, escrita por él para sus hijos* (1816). México: Proxema, 1979.
- FONE, BYRNE R.S. *Masculine Landscapes: Walt Whitman and the Homoerotic Text*. Carbondale: Southern Illinois University Press, 1992.
- FOUCAULT, MICHEL. *The History of Sexuality* (1976-84), 3 vol. Robert Hurley, Trans. New York: Vintage Books, 1988-90.
- GIDE, ANDRÉ. *Corydon*. Trad. Julio Gómez de la Serna. Madrid: Alianza, 1971.
- GONZÁLEZ MÉNDEZ, GUILLERMO. "Los estados intersexuales y la disforia de género". *Antología de la sexualidad humana*, Vol. III. México: Consejo Nacional de Población/Porrúa, 1994: 123-72.

- GRANILLO VÁZQUEZ, LILIA. "Las tretas del fuerte: escribir 'para, por y en lugar de el bello sexo'." Silvia Elguea Véjar, coord. *La otredad: los discursos de la cultura hoy: 1995*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco/Centro de Cultura Casa Lamm/Universidad de Louisville, KY, 1997: 83-92.
- GUTMANN, MATTHEW C. *The Meanings of Macho: Being a Man in Mexico City*. Berkeley: University of California Press, 1996.
- INCLÁN, LUIS G. *Astucia* (1865), 7ª ed. México: Porrúa, 1987.
- LAMAS, MARTA, Comp. *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México: UNAM-PUEG, 1996.
- MARTÍNEZ, JOSÉ LUIS. *La expresión nacional*. México: Oasis, 1984.
- MIRANDÉ, ALFREDO. *Hombres y machos: Masculinity and Latino Culture*. Boulder, Colorado: Westview Press, 1997.
- MOLLOY, SYLVIA. "His America, Our America: José Martí Reads Whitman." Betsy Erkkila and Jay Grossman, eds. *Breaking Bounds: Whitman and American Cultural Studies*. New York: Oxford University Press, 1996.
- MONSIVÁIS, CARLOS. "Ortodoxia y heterodoxia en las alcobas." *Debate feminista* 6:11, 4/95: 183-210.
- MURRAY, STEPHEN O. "The 'Underdevelopment' of Modern/Gay Homosexuality in Mesoamerica." Ken Plummer, ed. *Modern Homosexualities*. London: Routledge, 1992.
- OLIVIER, GUILHEM. "Conquérrants et missionnaires face au 'péché abominable', essai sur l'homosexualité en Mésoamérique au moment de la conquête espagnole." *Caravelle* 55, 1990: 19-51.
- PAYNO, MANUEL. *Los bandidos del Río Frio* (1891). México: Porrúa, 1996.
- . *El fistol del diablo* (1845-46), 6ª ed. México: Porrúa, 1992.
- PAZ, OCTAVIO. *El laberinto de la soledad* (1950). México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- PRIETO, GUILLERMO. *Memorias de mis tiempos* (1906), 2 vol., 4ª ed. México: Patria, 1964.
- RAMÍREZ, IGNACIO. *Obras*, 2 vol. México: Editora Nacional, 1952.
- RAMOS, SAMUEL. *Perfil del hombre y la cultura en México* (1934). México: Universidad Nacional Autónoma de México/Secretaría de Educación Pública, 1987.
- RIVA PALACIO, VICENTE. *Los piratas del golfo* (1869), 2ª ed., 2 vol. México: Porrúa, 1974.
- RUBIN, GAYLE. "The Traffic in Women." Ed. Rayna Reiter. *Toward and Anthropology of Women*. NY: Monthly Review Press, 1975.
- SCHOPENHAUER, ARTHUR. *The World as Will and Representation*, 2 vol. E.F.J. Payne, Trans. New York: Dover, 1966.

SEDGWICK, EVE KOSOFSKY. *Between Men: English Literature and Male Homosocial Desire*. New York: Columbia University Press, 1985.

SOMMER, DORIS. *Foundational Fictions* (1991). Berkeley: University of California Press, 1993.

URBINA, LUIS G. *La vida literaria mexicana*. Madrid: Creer-Crear, 1917.